

LA CASA COLONIAL

CASA DEL MORAL, AREQUIPA POR HÉCTOR VELARDE*

Arequipa, a 2,300 metros sobre el nivel del mar, situada entre el litoral y el altiplano, con mucho de la costa y mucho de la sierra, es un lugar privilegiado, al pie del hermoso y nevado Misti y rodeado de una fresca y tranquila campiña, fue fundada dos veces: por uno de los primeros incas con el nombre de Are-que-pay, que quiere decir “bien está, quedaos” porque algunos indios que acompañaban al monarca quisieron quedarse en ese lugar tan bello; y luego por los españoles en 1540, al hallar excelente ese lugar sobre todo para la salud. El origen de Arequipa fue pues el del agrado, el del gusto de vivir en ese sitio de la tierra. Fue poblada por indios laboriosos y españoles aventureros que, poco a poco formaron una familia fuerte llena de unidad y de vida donde la alegría melancólica y panteísta del indígena se mezcló con el gallardo y pujante de gesto castellano, donde la paciencia y la pasión estaban juntas. Tierra de equilibrio geográfico y étnico, pero de un equilibrio de extremos que se compenetran con fruición y la hacen sólida, bella y fecunda. La arquitectura de Arequipa expresó elocuentemente ese equilibrio, esa fusión y ese agrado, lo expresó tan de acuerdo con la naturaleza de su suelo, que llegó a formar un sistema estructural cuya originalidad y pureza le dan una categoría máxima entre las arquitecturas del Nuevo Mundo.

La ciudad fue arruinada varias veces por los terremotos y puede decirse que se rehizo íntegramente después del de 1867. A partir de fines del siglo XVII y a lo largo del XVIII la ciudad progresó con prontitud. Arequipa era el paso obligado de los ricos mineros que penetraban en la sierra del Perú y Bolivia y volvían con sus caudales a la costa; en Arequipa se instalaban y hacían construir amplias casas y hermosos templos. La ciudad formada prácticamente en cien años, adquirió una absoluta generalización y unidad de estilo que contribuyó grandemente a su encanto.

Los factores que formaron su arquitectura fueron excepcionales; además del geográfico ya mencionado, y del étnico, que llegó a producir la más intensa floración indígena, fueron la luz resplandeciente de su cielo, el frío y sequedad de su atmósfera, la lluvia, la escasez de madera, la abundancia de su fácil y maravillosa piedra de construcción, el sillar, la blandura de esa piedra, el justificadísimo temor a los temblores, la falta de tejas y tal vez alguna contribución oriental. Estos factores hicieron cristalizar esa arquitectura en una verdadera fórmula estructural de genuina expresión americana.

Observando el muro de cualquier casa arequipeña donde aparezca una ventana típica se puede comprender toda esa fórmula; la casa es de un piso generalmente y el muro de fachada es alto, liso, de piedra aparejada, coronado por fuertes escalonamientos entrantes y por gárgolas salientes con cabezas de puma estilizadas. El vano de la ventana, pequeño, muy bajo en relación con la altura del muro, tan bajo que se podría pensar en la posibilidad de un segundo piso lo forman dos anchas jambas salientes y una serie de dinteles superpuestos, el último de los cuales es una faja profundamente ornamentada con bordados de carácter indígena. Toda la ventana así compuesta se espiga con ritmo

* Arquitecto de prolífica producción profesional y maestro en varios campos de la enseñanza de la arquitectura, Héctor Velarde se distinguió también como escritor notable. Su fino humorismo y su espíritu crítico no le impidieron ocuparse de la difusión de temas arquitectónicos. Los párrafos que transcribimos sobre una conocida casa arequipeña muestran su capacidad de observación estética y estructural.

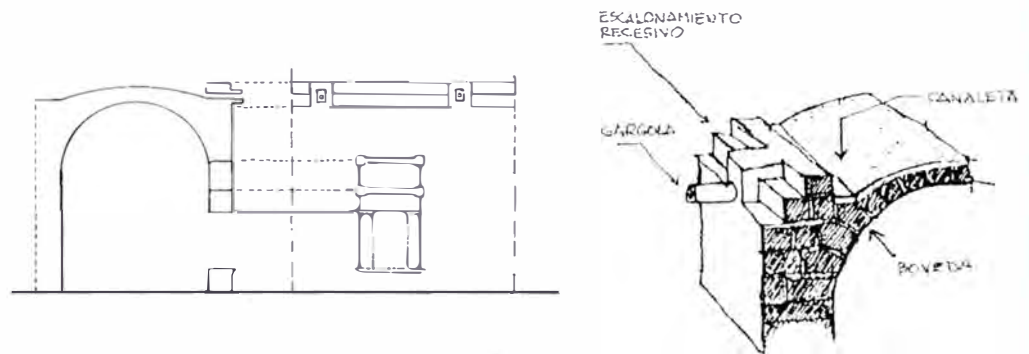


Figura 1. La casa del Moral

Fotografías de Luis Maldonado Valz, 2013. Dibujo en corte de Héctor Velarde, 1978, p. 240. Perspectiva de Jorge Burga de Alvariño y Burga, 2001, p. 94.

vertical aplicando sus galas sobre el muro que queda ornamentado por una especie de tapicería blanca, larga y maciza. Toda esta originalísima composición exterior, que podría parecer un capricho u obedecer tan solo a un sentido ornamental, no es sino la expresión absoluta de la construcción misma de la casa. Si se penetra en su interior se observa que el muro de fachada es uno de los muros laterales que soporta una ancha bóveda de cañón que cubre la sala donde está la ventana. Esta bóveda en medio punto tiene su arranque a prudencial altura, y como sus empujes son fuertes y continuos, el vano de la ventana debe ser pequeño, colocándose su primer dintel a un nivel inferior al de ese arranque. Luego, como la bóveda necesita ser bien contrarrestada, en sus esfuerzos de expansión hacia afuera, el muro de fachada se levanta como un sólido contrapeso vertical. La notable desproporción entre la altura del vano de la ventana y la del muro queda así explicada. Ahora bien, en la parte alta hay la necesidad de rellenar el espacio entre el muro y la superficie superior de la bóveda; ese espacio es el indicado por el escalonamiento entrante que corona la pared de fachada. Por último, las aguas de lluvia siguen las pendientes laterales de la bóveda y se canalizan contra el paramento interior de esa pared; a la altura de la canalización aparecen las gárgolas para evacuar esas aguas hacia la calle. En cuanto a la superposición de los dinteles en las ventanas, éstos tienen un sentido plástico perfectamente expresivo y rítmico en relación con las diferentes etapas constructivas, desde el arranque de la bóveda hasta la estructura superior del vano.

El sistema arquitectónico es perfecto y consecuencia, por una parte, de la abundancia de una piedra volcánica ligera, admirable para la construcción, la piedra "sillar", y, por otra, de la escasez de madera. La estructura tenía que ser íntegramente de piedra. El gran espesor de los muros no solo lo da el sillar corriente y poroso, menos sólido y por consiguiente más voluminoso, sino que es una necesidad en los arranques de las bóvedas, una garantía contra los temblores y un aislador indispensable contra el frío. El carácter macizo de la arquitectura arequipeña es uno de sus lujos naturales; la piedra "sillar" de grano fino se empleaba en las portadas y ventanas. Por último, se podría hacer esta observación: está bien que los vanos de las ventanas sean pequeños y profundos debido a las exigencias constructivas, pero ¿y la luz? Una vez más, como en todo estilo arquitectónico puro, la respuesta es una afirmación de armonía. La luz de Arequipa es tan brillante, tan intensa que si las ventanas no fueran reducidas constituirían un error arquitectónico. Hay que agregar, además, que el clima es frío y muy seco. Así, en la casa arequipeña todo es verdad equilibrio y belleza.

[...]

La casa Del Moral, de fines del siglo XVIII, es más intensa por su carácter y más pintoresca por su larga fachada. Las ventanas presentan curiosas variedades en relación con la construcción misma: algunas son muy bajas porque el nivel del suelo interior es inferior al de la calle, y para que no aparezcan sus coronaciones demasiado erguidas se les ha suprimido uno de sus dinteles. Otras al contrario, son muy altas, pues para que su último dintel ornamental no se confunda con los escalonamientos de remate del muro, se han cortado éstos y se han dejado pasar entre ellos un techo inclinado de piedra que corona aisladamente las ventanas. La solución es en verdad notable. En cuanto a la portada, es una de las más sugestivas de Arequipa.

Referencia

Velarde, H. (1978). Arequipa. En *Arquitectura Peruana* (pp. 236-243). Lima: Librería Studium.